



# Personas, obras, cosas

Andrés Henestrosa





En *Personas, obras, cosas* Andrés Henestrosa despliega el mapa de su memoria y nos invita a visitar lugares y figuras clave de la cultura mexicana —Antonieta Rivas Mercado, José Romero, Emilio Rabasa, Gabriel Ramos Millán, Ignacio Manuel Altamirano entre ellas—, a la vez que de su propio mundo íntimo; las funciones y frutos intelectuales de éstas, el esplendor y las transformaciones de aquéllos. Se nos hace partícipes así de una búsqueda gozosa de los cimientos de la admiración, de la arquitectura de la amistad y del reconocimiento del paso del tiempo a través de los ojos, la palabra y la voz de quien conoce y comparte los dones de la añoranza: un libro, una calle, un café, una pintura, un encuentro, un gesto, un instante y la concreción de una vida. A su modo, y desde las páginas del periódico *unomásuno*, en este volumen la remembranza traza, día a día, el camino hacia el inicio de una parte de nuestra historia, de una ciudad, de un universo personal, de un estilo literario, y la vivencia se convierte en escenario de celebración y fundamento del presente.









# ***PERSONAS, OBRAS, COSAS***







### *Advertencia*

**A**l lado de su labor creativa —recordemos *Los hombres que dispersó la danza*, *Retrato de mi madre*, *El temor de Dios*— Andrés Henestrosa ha sido constante en el desempeño periodístico. Sus libros *Divagario* y *Agua del tiempo* recorren buena porción de esa calidad expresiva que resume el afán de comunicarse a la vez con la tradición y con la época que vivimos. Ahora semejante actitud se renueva en estas páginas, reunidas de sus colaboraciones en el diario *Unomásuno*, testimonio de su fidelidad a ideas que siempre ha mantenido firmes. “Vivos están en nuestros anales los nombres de los grandes periodistas que México ha producido. Y debiéramos tomar el hilo de sus tareas donde las dejaron y no echar en olvido la alta misión del periodista”, señala en alguno de sus escritos. Con esa convicción, no le es extraño poner en relieve el recuerdo de quienes abrieron paso en la noble profesión.

En pocos contemporáneos nuestros ese acerto se ha dado y se da tan de veras como en Andrés Henestrosa, quien por encima de otras preocupaciones insiste y perdura en hacer del periodismo el oficio principal de sus actividades. Su manera de considerar el mundo y lo que en él acontece prestan intensidad a sus escritos y legitiman la decisión de ser, además de un literato, un hombre ávido de rechazar la ausencia y preferir la permanencia entre nosotros. Porque el quehacer cotidiano de Andrés Henestrosa no se reduce al universo de los libros, al



ejercicio de la cultura, sino que su ir y venir se funda, particularmente, en enfrentar la vida con el espíritu abierto a todos los vientos. No abundan los intelectuales que, como él, conserven encendido el contacto con aquello que lo rodea, que sepan mirar más allá del resplandor de las lecturas, que dispongan de un "sentido de la vida" con tal vehemencia y con tal amor por la alegría y la tristeza, por la desilusión y el entusiasmo.

Muchos de estos "pequeños cuidados", en su cercana intimidad y con el mayor aserto, se traslucen en estas páginas escritas a veces con premura, en ocasiones casi repentinamente, pero sin olvidar la claridad de la imagen y el gusto por la vida. En su pluma, razón y sensibilidad se hermanan en rápidas opiniones que fluctúan del suceso histórico a la observación antropológica y de la advertencia étnica a la anécdota social y política. Dentro de la multitud de asuntos que aborda, sobresalen la seguridad afirmativa, el sentido que acostumbra imprimir a sus apreciaciones y la emoción con que impulsa aquello que surge hábilmente de su ingenio. En frases rápidas manifiesta el apego al tiempo y al espacio, cumpliendo así el propósito de mostrar vivencias intransferibles, personales, alentadas por la comprensión de nuestros prójimos, los pasados —que han contribuido a hacer la historia— y nosotros —que somos sus herederos—. Y en ese ámbito, pleno de realidad, presente en las reflexiones del escritor, lo nativo, lo indio, participa de la definición de nuestras razones y sinrazones. Henestrosa observa que ese universo, persistente y preservado por quienes forman el sustrato de la población, es impulso que matiza "lo nacional". Así, preocupado por contribuir a la "definición" de nuestra índole de algunos de estos párrafos desprende la idea de que ciertos rasgos



indígenas continúan no sólo vigentes sino compartidos por la totalidad de los mexicanos.

Congratulémonos de que la tesis originada por la pluma de Andrés Henestrosa, a menudo dispuesta a poner de manifiesto el significado de haber nacido en estas tierras, no sea el ruidoso ditirambo que suele empañarlo todo sino la exposición estética, armónica, que todo lo ilumina.

*Alí Chumacero*







***GENTE DE SU SIGLO***







### *Enrique Fernández Granados*

¿Qué fue lo primero que leí en México? Lo primero no fue un libro sino un poema: aquel con que Enrique Fernández Granados (1866-1920), obtuvo un *accésit* en el concurso celebrado en Madrid para festejar los 25 años de Alfonso XIII, creo. El cuaderno —entonces no existía la palabra plaqueta— estaba en la mesa de noche de mi hospedero, un estudiante de leyes, Benigno V. Jiménez. No diré que lo leí, sino que lo devoré; sin embargo, apenas si recuerdo uno que otro verso del poema, siendo que era la época en que bastaba una lectura para que yo memorizara un texto, con tal de que no fuera muy largo.

El nombre de Enrique Fernández Granados me era familiar. En mi pueblo de Ixhuatán había leído las *Lecturas literarias* de Amado Nervo en que se encuentran textos del famoso y muy olvidado *Vino de Lesbos*. Aparte de las *Lecturas* de Nervo, había leído *Recuerdos y esperanzas* de Juan de Dios Peza, y *El sol de mayo* de Juan A. Mateos; eso cuando niño ya de cinco años.

Aparte esos libros —el de Peza y el de Mateos— había leído todos los manifiestos que los revolucionarios fijaban en los muros de Juchitán. Eran los tiempos en que leía todo cuanto me allegaba, y que aún ahora, pasados 85 años, alguna cosa recuerdo.

La lectura del poema de Fernández Granados, Fernángrana —seudónimo derivado de Fernánflor— me llevó de inmediato a todo lo escrito por él que llegara a mis manos.



En la actualidad apenas si alguno lee a Fernández Granados. Pero no sólo; se le niega. Ya nada me dice, contestó un crítico literario, cuando un día le propuse un recital si no fuera posible una breve antología suya. A mí no me ocurre eso; sigo leyéndolo con gusto y aunque no fuera así no podría referirme desdeñosamente al autor de *Mirtos*. Porque no es bueno ni es bonito expresarse mal de alguno que un día nos proporcionó algo del pan que nuestra alma necesitaba para seguir adelante.

De aquella primera debo la afición a la lectura. Desde aquella noche no hay una en que no lea algo antes de dormir.

¿Cómo, así, olvidar y desdeñar a Fernángrana?

Luego vino la lectura que hice del lote de libros que me obsequió José Vasconcelos. Los clásicos verdes, o como dijo un orador obrero del vasconcelismo, los "pericos vasconcelianos". El español que hablo y escribo no lo aprendí en las aulas sino en los autores españoles desde las edades más tempranas, hasta, digamos, Juan Ramón Jiménez, Azorín, Miró, Ortega, sin olvidar, claro, a los de la era dorada: Lope, Góngora, Gracián, los dos Luises y el deslumbrante Francisco de Quevedo y Villegas.

Ya dije que el español que escribo y hablo lo aprendí en los libros. Ahora quiero decir que muy pocas veces asistí a las bibliotecas y que sólo cuando fui mocito —así, textual— de la Biblioteca Iberoamericana fui lector de bibliotecas. Ahí, en la Ibero, leí a los clásicos iberoamericanos: Montalvo, Martí, Varona, Sarmiento, Bilbao, Arguedas, y no puedo olvidarlo, el *Martín Fierro*, del que memoricé largas tiradas. Mis bibliotecas fueron los parques abandonados, entonces silenciosos y recatados. El Carmen, Loreto, San Sebastián, entre los que recuerdo con mayor frecuencia, y algo así como entre alegre y nostálgico.



Evocar aquellos años suele ser el pan que me alivia de la tristeza de haber perdido aquel, aquellos paraísos...

De ninguno, o dos o tres que tenía, ahora tengo todos los libros. Todos, digo, porque como las bibliotecas no tienen número, los que se tengan, cualquiera sea su número, constituyen la biblioteca.

Sigo siendo el lector que fui. Frecuento a los primeros mexicanos que leí: Ramírez, Altamirano, Prieto, Zarco, Sierra, Martín Luis.

También, naturalmente, a mis contemporáneos de quienes no doy nombres, porque tú, lector, bien sabes quiénes son y a los que me refiero.

En la lectura de los autores del pasado, encuentro forma de volver a aquel México que, al evocarlo, regresa, vuelve. Así esta mañana en que escribo estas divagaciones.

*Jueves 12 de febrero de 1998*

*Antonieta Rivas Mercado*

Allí donde ahora es el Parque Juan Rulfo estuvo la casa de Antonieta Rivas Mercado, obra de Amado Boari, pero que fue habitada por el arquitecto Antonio Rivas Mercado, apodado *El Oso*. La finca se construyó sobre el triángulo que forman las calles de Monterrey, la ahora avenida Álvaro Obregón (entonces calle Jalisco) y la avenida Insurgentes; lo que formaba era una isla, que lo era en más de un sentido. El poeta Xavier Villaurrutia decía graciosamente que era una casa *tirada a media calle*: A esa casa —Monterrey 107— llegué a vivir desde fines del año 27, hasta los inicios del año 29, ahijado que fui de la señora Rivas Mercado; de ese modo pasé de la vecindad a la residencia: de la colonia Peralvillo a la



colonia Roma: famosa la residencia de la señora Rivas Mercado en los anales de la cultura mexicana. En Monterrey 107 se ideó, planeó y se llevó a cabo el Teatro de Ulises; ahí Antonieta tomó la determinación de editar las obras de Xavier Villaurrutia, Samuel Ramos y Andrés Henestrosa. En Monterrey 107 nació la idea de la Orquesta Sinfónica Nacional, cuyo primer director fue Carlos Chávez. Fue lugar de reunión de los amigos pintores, escritores, filósofos, dramaturgos de Antonieta.

A principios, o mediados del año 27, dicté a la señora Rivas Mercado gran parte de mi libro *Los hombres que dispersó la danza*, cuya publicación, año 29, patrocinó también ella. Un amigo y compañero mío de aquel tiempo, ojalá que viva, Ciro Zarazúa, hidalguense, puso a máquina los originales manuscritos.

Había en la esquina de Insurgentes y Monterrey un gigantesco álamo que pudo haberse respetado por el hacha homicida de quien primero adquirió la casa, después de la muerte de Antonieta. Tiene para mí la estancia de Monterrey 107 muy dulces recuerdos, por mil razones. Una, la de haber pasado de la máxima pobreza a la máxima riqueza; otra, la que significó para mí que la señora Rivas me leyera en voz alta, traduciéndolas de su idioma original, obras de Rilke, Maurois, Cocteau, Salmon, Supervielle; D'Annunzio, Pirandello, Joyce, Chesterton — los dos—, Milton, Shakespeare, Swedemborg. El otro recuerdo sería, que fue ahí, en esa casa, donde probablemente desperté a la vida de las letras, al redactar los capítulos de mi primer libro, y con el trato de los escritores, entonces los que más significaban. ¿Cómo olvidar aquellos días azules, alcionios? ¿Dónde iré que no me siga aquella cegadora luz de las mañanas de México? ¿Cómo olvidar los días en que los mexicanos salían a contemplar el espectáculo de los



atardeceres? Yo, por pronto, nunca los olvidaré. Casi no hay domingo a partir de unos tres años a esta parte en el que no pase yo por el Parque Juan Rulfo; cuando me encamino hacia la Casa Lamm, una suerte de pequeña sucursal de La Lagunilla en busca de libros viejos, agotados, raros, curiosos: la mayoría de las veces con buena fortuna al dar con algún libro que, si no buscaba, allí encontré.

Cuando hace unos años fue inaugurado el Parque Juan Rulfo, alguna autoridad menor del gobierno del Distrito Federal sugirió, con mi abierta oposición, que se colocara en algún lugar del parque una placa que dijera: "Aquí fue escrito *Los hombres que dispersó la danza*, obra de Andrés Henestrosa, año de 1929".

Lector. Cuando alguna vez pases por Insurgentes, la avenida Álvaro Obregón y Monterrey, dedica un recuerdo a aquella pobre mujer que habitó en esa calle, Antonieta Rivas Mercado, que puso su alma, su corazón, sus bienes, en favor de la cultura mexicana.

*Jueves 9 de julio de 1998*

#### *Centenario de Antonieta Rivas Mercado*

**E**l viernes 28 de abril hizo 100 años del nacimiento de Antonieta Rivas Mercado: en una casa de estilo francés, ahora casi en absoluta ruina, situada en la esquina de Héroes y Violeta. Para festejarlo fue celebrado por las autoridades del Distrito Federal, políticas y culturales, así como por sus parientes, un acto en la casa en que ella vivió, Monterrey No. 107, ahora Parque Juan Rulfo. Con un texto alusivo fue develada una placa de bronce en recuerdo del día de su nacimiento.



El acto tuvo lugar en el tramo de enfrente, ya que el parque ahora consagrado a Juan Rulfo, no se prestaba por la construcción y por sus dimensiones para que fuera el escenario.

Una cosa que hasta ahora no se había contado, aunque de significado menor, es que en Monterrey No. 107 fue escrito el libro *Los hombres que dispersó la danza*, de mediados del año 27 a mediados del 28; recibido al dictado, directamente a la máquina, por Antonieta Rivas Mercado, que dos años después, en noviembre del 29, costeó su primera edición. No tiene el hecho, lo digo con la más clara humildad, la menor importancia para la historia de las letras mexicanas; pero yo la recuerdo conmovido y queda en mí como un gran acontecimiento en esta mi cotidiana lucha, jamás pospuesta, por llegar a escribir el libro que me quita el sueño y que mejore las paginitas de *Los hombres que dispersó la danza*, llenas de sombras, pese a que fueron escritas en un amanecer y por una mano —la de Antonieta— todos los dedos luminosos.

En el acto en honor y recuerdo de Antonieta Rivas Mercado fueron leídos muy sentidos y muy bien escritos varios textos tendientes a valorar la vida, obra, pasión y muerte de Antonieta.

La casa que fue suya, obra de su padre, el famoso arquitecto del porfiriato, Antonio Rivas Mercado, estuvo situada en el triángulo que forman las calles de Insurgentes, Monterrey y avenida Álvaro Obregón, entonces calle de Jalisco. Xavier Villaurrutia, uno de los más queridos y cercanos amigos de Antonieta, dijo graciosamente que era una casa tirada a mitad de la calle. Los contornos han desaparecido, son otros.

En México, la ciudad de México que vivió Antonieta Rivas Mercado, se ha ido para siempre; corres-



ponde a un México que se fue y que nunca volverá. Quedó, eso sí, en los anales de la ciudad, que ahí, en la casa de Antonieta, se reunían los más señalados mexicanos, entre otros, los miembros de la generación llamada los "Contemporáneos". Ahí se planearon algunas de las instituciones culturales de México de mayor significación: el teatro de Ulises, la edición de libros de algunos autores de aquel tiempo, la creación de la Orquesta Sinfónica Nacional, la traducción de las más famosas obras de aquellos días. Ahí Antonieta y sus amigos soñaron en un México que no fue, pero no por eso deja de contar en el recuerdo que no muere en los que recuerdan aquel luminoso día de México, que tuvo entre las estrellas que iluminaron sus sueños, a aquella desdichada mujer que vivió y murió por un México que alguna vez será, y que si nuestros ojos no verán, "sangre nuestra correrá por las venas de aquellos que lo vean".

*Jueves 4 de mayo de 2000*

***José María Marroqui (o Marroquí)***

**E**xtraño hombre y nombre comenzando por el apellido, que siendo —a mi entender— agudo se escribe grave o llano: Marroqui en vez de Marroquí. Todos los autores que se han ocupado de este autor y de este nombre lo escriben grave, pero ¿por qué a mí se me antoja que ha de ser agudo como Marroquín, sin duda un sinónimo?

José María Marroquí nació en la ciudad de México el 6 de febrero de 1824, hijo de Ramón Marroquí e Inés Antonia Trejo, ricos hidalguenses. Médico, gramático, historiador. Ingresó al Seminario Conciliar de México, donde estudió latín y filosofía. Se



graduó bachiller en la Universidad de México el 11 de agosto de 1840. Hizo un año de leyes en 1841. Al año siguiente, esto es, el de 1842, se inscribió en la Escuela de Medicina; se tituló médico cirujano el 30 de enero de 1847. Luchó contra los invasores estadounidenses. Marroqui o Marroquí fue regidor del Ayuntamiento de la capital; director del Hospital de San Andrés; fundador del de Tecpan de Santiago Tlaltelolco; inspector de Sanidad; secretario particular del presidente Ignacio Comonfort de 1855 a 1858; diputado del Congreso de la Unión en 1861, y otra vez soldado de la República contra el Imperio de Maximiliano. Asistió en su calidad de médico durante el sitio de Puebla en 1862. Acompañó a Juárez en su peregrinación por el norte de la República en 1863. Fue cónsul de México en Barcelona, hasta 1878, secretario particular del general Porfirio Díaz. Abandonó la carrera política y administrativa para dedicarse a lo que era su profesión: la de historiador y cronista. Se dice que estando en Barcelona y como consecuencia de la falta de pago que México no podía enviarle por encontrarse en guerras civiles y extranjeras, llevado de la máxima miseria, se disfrazó de mendigo para poder vivir. Una mera leyenda y otro signo de la rareza del hombre que fue José María Marroquí.

Escribió varios libros, pero su máxima obra es *La ciudad de México*. Obra escrita durante 20 años, con información que —se dice— adquirió preguntando de puerta en puerta, la historia, la fábula y la leyenda de nuestra capital. Murió el 24 de abril de 1898. Dicha obra —dice un autor— fue editada por el Ayuntamiento después de su muerte. Su nombre como cronista puede estar colocado junto al de Luis González Obregón, Jesús Galindo y Villa, Artemio de Valle-Arizpe.



Una calle de la ciudad lleva su nombre, es la que va de la avenida Juárez a la de Independencia. Una calle, ésta también rara y extraña. Allí, en ella, hubo un restaurante, Le Rat Mort, allá por el año 34, en el que por primera vez se sirvió ancas de rana; estuvo una estación de radio y la Galería Romano.

Los últimos años de José María Marroquí los vivió en la casa número 8 del antiguo callejón de Cuajomulco, ahora calle de José María Marroquí. Con lo que queda dicho que es uno de los cuatro mexicanos a quienes en vida se bautizó con su nombre la calle en que vivieron.

*Jueves 16 de julio de 1998*

### **Nacho Rosas**

Como de otros se dice, de Ignacio (*Nacho*) Rosas se dijo que era “el último bohemio”. Así como otros pintores de su tiempo —Rivera, Siqueiros, Atl, Montenegro—, vivió en París por largos años y volvió a México al triunfo de la Revolución, en los días luminosos de José Vasconcelos.

Era *Nacho* Rosas un pequeño pintor, eso si puede haberlo menor. ¿O fuera mejor decir que era un pequeño gran pintor? Para no dejar de estar en París buscó una buhardilla que fuera un tiempo habitación y estudio, y la encontró en la calle de Motolinía 20, ahí adonde ahora se encuentra el Banco Mexicano.

Ninguno de los diccionarios biográficos que pude tener a la mano registra el nombre de *Nacho* Rosas. Se sabe por tradición oral y por lo que yo pude oírle, que antes de su viaje a París ya era pintor de naturalezas muertas, de flores, de retratos de las famosas y más señaladas mujeres de la aristocracia mexicana:



la del porfiriato. Se dice que pintó el busto de una de aquellas señoras, en que la modelo aparece enseñando el nacimiento de los senos; lo que promovió un escandaloso divorcio; quizá eso fuera el motivo —o uno de los motivos— de su viaje a París; quizá, porque en aquellos tiempos París daba el espaldarazo a poetas, pintores, artistas de todo género. Y a eso fuera *Nacho* Rosas.

Fui en compañía de Renato Leduc, asiduo de Motolinía 20: por las noches, para beber coñac, ajenojo, pernod; se hablaba de arte, de escritores que fueron sus amigos y colegas en París. A cierta hora, *Nacho* Rosas pasaba su sombrero para que en él depositaran los contertulios alguna moneda. Asistían también algunas amigas, mujeres que ya en aquel tiempo se atrevían a pensar distinto, a contradecir a sus padres y a oponerse a los prejuicios familiares. De *Nacho* Rosas tuve dos piezas: el busto de una mujer, que paró en manos del finado, famoso librero y coleccionista de pintura Manuel Porrúa Pérez; la otra, que eran unas rosas, minuciosa, primorosamente pintadas. Y como él firmaba con su solo apellido, Alejandro Gómez Arias, alguna vez concurrente a Motolinía 20, dijo ante el cuadro que el título era el apellido del autor. La vida, que siempre nos tuvo en su puño y nos llevó y nos trajo, hundió en el olvido a *Nacho* Rosas, al amigo y al pintor. Y del cuadrito que tuve de *Nacho* Rosas, ¿a dónde fue a parar?

Ahora que lo recuerdo, después de setenta años, pienso que es injusto que se le tenga en tan negro y cerrado olvido. No era *Nacho* Rosas un gran nombre de la plástica mexicana. Sí, un pequeño gran nombre de nuestra pintura.

*Jueves 22 de octubre de 1998*



## *Efrén Hernández*

Hace unos días leí en un artículo de periódico, que Efrén Hernández, "El Tachas", puso o tuvo una librería de viejo en la calle de Justo Sierra, lo que según mi memoria siempre fiel, es un error: quien la tuvo en Justo Sierra fue Antonio Caso; librerías, las dos, que no prosperaron, tuvieron vida efímera. Porque ni Hernández ni Caso estaban preparados para negocio de tal naturaleza. Efrén —lo recuerdo con suma claridad— dijo ante mí a un cliente que no adquiriera cierto libro porque era malo y estaba muy maltratado. Y con negociante así, ¿qué negocio puede prosperar? El significado de estas dos situaciones es que Efrén Hernández y Antonio Caso recurrieron al recurso de librería de lance, por la pobreza que viene de ser personas honestas, incapaces de ganarse el pan por medios que no sean el resultado de ser buenos ciudadanos, mexicanos representativos.

La librería de Efrén Hernández estuvo situada al mediar la cuadra que va de la calle de Licenciado Verdad, en donde estuvo la escuela de odontología, luego sede de la primera rectoría de la Universidad Nacional Autónoma y la calle del Carmen. Efrén, siempre empleado menor, se había quedado sin recursos cuando Salvador Novo, que era jefe de la editorial de Educación en los tiempos de José Manuel Puig Casauranc, lo cesó, pese a que Novo fue quien lo descubrió y le otorgó un pequeño empleo.

Efrén Hernández murió como había vivido: pobre, pobrementemente, su obra literaria nunca le produjo beneficio económico; sólo fama, eso sí, justa fama.

Aparte de sus novelas, narraciones, poemas, a Efrén se le conoce, y casi toda su fama reside en su mexicanísimo relato *Tachas*. Ésa es la obra, la breve obra maestra, de Efrén Hernández, quien ahora, por







Otros títulos

HACERSE DE PALABRAS

Héctor Anaya

ESTA CIUDAD... QUE NO ES NUESTRA

Mercedes Aguilar Montes de Oca

RITMOS DE LA ETERNIDAD

Xavier Quirarte

TELÓN DE FONDO

Fernando de Ita

OCURRENCIAS.

NOTAS DE VIAJES

Paco Ignacio Taibo I

ENTRE LA HISTORIA

Y LA MEMORIA

Silvia Cherem S.

EL CINE, JUEGO DE ESTRUCTURAS

Jorge Ayala Blanco



